

Grilo fué á Madrid siendo muy joven, y se hizo pronto de buen círculo de amigos y admiradores, porque recitaba hermosamente, escribía con pasmosa facilidad y cautivaba con su conversación amena.

Después de trabajar como periodista, publicó un tomo de versos con prólogo de Selgas, del inolvidable cantor de las flores, protegido del Conde de San Luis, y que fué siempre tan estimado por su modestia y por sus virtudes.

Grilo entró desde sus primeros años en los más altos círculos aristocráticos, le quisieron mucho la Reina Isabel II, el Rey Alfonso XII, y heredaron ese afecto por él la Reina Cristina y el joven Monarca que es ahora el niño mimado de Europa.

Todo esto le valió tener muchos envidiosos que le insultaban en la prensa, que le negaban el título de poeta, y sólo le concedían el apodo de ruiñón de los salones.

Pero el hecho es que en silencio, sus más rudos adversarios miraban y aplaudían *La Chimenea Campesina*, que comienza:

Del Betis cristalino, junto á la orilla,
de Córdoba en los bellos alrededores,
hay una casa blanca, pobre y sencilla,
que siempre me recuerda tiempos mejores.

El álamo frondoso, la enredadera,
el nogal extendido junto al granado,
la punzadora pita, la verde higuera,
tejen la densa urdimbre de su cercado.

.....

.....

Una tarde de Enero llegué á la puerta
De aquella casa blanca, pobre y sencilla,
Que para el caminante siempre está abierta
Del Betis cristalino junto á la orilla.
Saltó el lebrél gozoso, fiel vigilante,
De la heredad aislada que ama y defiende;
Me señaló la senda, seguí adelante,
Como el que ve un amigo que lo comprende.
Una hortelana de esas que el campo cría,
Morena como el trigo, de labios rojos,
Sin hablar al mirarme se sonreía,
Lo mismo con la boca que con los ojos.

.....

Pero la composición es larga y toda es así, escrita con pluma de oro.

Mucho aplaudieron á Grilo su famosa elegía á la memoria de su amiga la señora doña Amalia de Llano y Dotres, condesa de Vilches, que empieza con estos magníficos versos:

No en la alta torre el fúnebre gemido
De la triste campana;
No en el arco en los aires escondido
En donde el ronco bronce suspendido
El himno entona de la fe cristiana;
No del incienso en la flotante nube

Que en impalpables ráfagas brotando
 Desde el altar hasta el Empíreo sube;
 No en los ecos del órgano sonoro
 Que al retumbar en las marmóreas naves
 El templo llenan en augusto coro
 De santas preces y de salmos graves;
 No en la noche sombría,
 No en el aislado túmulo desierto;
 Es en el alma mía
 En donde está el dolor tocando á muerto.

En esa composición se destaca como joya
 el conjunto de imprecaciones á las musas del
 llanto:

Dadme vuestros crespones,
 Vuestros vagos reflejos vaporosos,
 Vuestras mudas y tristes oraciones;
 Con vuestros brazos yertos
 Llevadme por los aires fugitivos;
 Decidme cómo llegan á los muertos
 Las secretas plegarias de los vivos;
 Desciframe la voz pausada y hueca
 Del huracán que en los cipreses zumba;
 Decidme lo que canta la hoja seca
 Cuando pasa rodando por la tumba;
 Dadme el cansancio que el dolor mitiga;
 Cortad su vuelo al pensamiento loco,
 Y si queréis que os ame y os bendiga,
 Decidme dónde está la ausente amiga
 Que tanto fué para durar tan poco.

.....

Y tan larga y bellísima poesía, sembrada de

altos pensamientos, termina con esta tierna
 estrofa:

¡Amalia! ¡Cuán hermoso es mi consuelo!,
 ¡Ya estás al lado de la madre mía!,
 ¡Ya le habrás dicho al remontarte al cielo
 Lo que yo de mi madre te decía!

El primer hijo de Grilo nació muerto, y á
 poco se repetían en Madrid de boca en boca
 los sentidos versos que esa desgracia le ins-
 pirara.

Con cuánta naturalidad le dice la elegida
 de su corazón:

«Para hacer nuestro hogar más venturoso
 Y alumbrar el edén que absorta veo,
 Voy á tener un niño tan hermoso
 Como ya me lo finge mi deseo.
 Nuestras almas contentas
 Serán su amante y cariñoso abrigo;
 Vas á volverte loco cuando sientas
 Que no es una ilusión lo que te digo.
 te sentarás al borde de la cuna
 para ver cómo charla y se sonríe;
 tal vez un rayo de la blanca luna
 dentro de pocas noches nos lo envíe.
 Por mucho que te asombre
 el cielo para ti me lo depara;
 tendrá tu mismo nombre,
 tus mismos ojos y tu misma cara.
 Como esas vagas músicas de amores
 que los pájaros dejan en los nidos,
 habrá por estos largos corredores
 risas, juegos, y saltos y ruidos.

Buscaremos los árboles lozanos,
 Vendrán las tardes que soñó el deseo,
 y formando un cordón con nuestras manos
 llevaremos al niño de paseo;
 en sus mejillas, que serán dos rosas,
 estamparán las gentes sus cariños,
 y un grupo formarán de mariposas
 al mirarle jugar con otros niños.
 Le dormiré cantando en mis rodillas,
 vendrá la noche que la calma vierte,
 y los dos andaremos de puntillas
 para que nuestro niño no despierte.»

.....

Mas, ¡ay!, del ángel las sentidas alas
 por el azul del aire se perdieron,
 ¡del bautismo las galas
 blanco sudario para el niño fueron!
 Huérfanas nuestras almas suspirando
 del niño recogieron los despojos,
 ¡Pasó!, mas tan de prisa y tan callando,
 que ni aun por vernos entreabrió sus ojos!

Sensible sin afectación, exclamaba dirigiéndose á una huérfana:

Sola en los años de tu edad primera,
 nave perdida en aguas bramadoras,
 sin rumbo, sin timón y sin ríbera,
 ¡ay, huérfana infeliz, si yo pudiera
 devolverte á la madre por quien lloras!

Andaluz y devoto de todo lo que su fértil tierra regala al mundo, si habla del vino de Jerez, dice:

Bien haya el néctar jugoso
 que si del *champagne* no iguala
 lo movible y lo espumoso,
 brota en el campo frondoso
 que es del cielo la antesala.

—

Él en la tarde risueña
 bajo de la nudosa parra
 del patio y la fiesta dueña,
 humedeció la rondeña
 y dió vida á la guitarra.

—

Por eso al cruzar tal vez
 del mundo la inmensidad,
 una copa de Jerez
 tiene sabor de niñez
 con olor de santidad

En sus composiciones *Mi Siglo* y *El Aguila* se remonta á los más elevados espacios de la inspiración. Dice, en un arranque, al ave favorita de Jove:

¡Cuán hermosa y gentil te precipitas
 por ese golfo inmenso
 ya subes, ya te agitas,
 ya vuelves, ya despacio
 bordas el horizonte:
 tu mundo es el espacio
 tu corona es el sol, tu trono el monte.

En las composiciones *La Nochebuena con mi madre*, *La Nochebuena sin mi madre*, despliega una ternura filial que conmueve á los más fríos corazones.

Grilo era el primer recitador de Madrid, y usando de la voz media daba á las poesías los matices y el colorido que sólo con el arte y el estudio pueden dárseles.

No puedo olvidar al poeta cordobés, á quien traté y quise fraternalmente, y de quien no hace todavía tres meses recibí cariñosísima carta.

Ya el cable nos trajo la triste, la dolorosa noticia de su muerte. Entra al reino de la eternidad en pos de López de Ayala, Selgas, García Gutiérrez, Fernández Guerra, Tamayo y Baus, Núñez de Arce, Valera, Campoamor, Manuel del Palacio y tantos otros, que han sido, son y serán gloria del Parnaso español.

Grilo muere cuando acababan de nombrarle Académico de la lengua; cuando la docta Corporación daba á los críticos el mejor testimonio de que en nada perjudicaban sus venenosas saetas al inspirado cantor de *Las Ermitas de la Sierra de Córdoba*.

Aún me parece oírle recitar composición tan hermosa, y ver al público absorto cuando él decía con magistral acento:

Allí pasa la vida
sin desengaños;
allí viven y rezan
los ermitaños.

Por los ojos que finge
la calavera,
ven el mundo y su vana
pompa altanera.

—
Calavera sombría
que en bucles bellos
adornaron un día
ricos cabellos.

—
Esos huecos oscuros
que se ensancharon,
fueron ojos que vieron
y que lloraron.

—
Por esas grieteadas
formas vacías,
penetraron del mundo
las armonías.

—
¿Qué resta ya del libre
mágico anhelo
con que esa frente altiva
se alzaba al cielo?

—
La huella polvorosa
de un sér extraño
adornando la mesa
de un ermitaño.

.....
Allí en la solitaria
celda escondida
un cráneo dice: muerte,
y una cruz, vida.

.....

Muy alta está la cumbre,
la cruz muy alta,
para llegar al cielo
¡cuán poco falta!

.....

Quien así pensó y escribió, fué un poeta, y negarlo sería negar la luz; su nombre no ha de borrarse en los fastos de la poesía castellana, y sobre la tumba del inspirado y dulcísimo bardo lucirá siempre una corona de laurel, encina y siemprevivas, símbolo de la gloria, de la amistad y del cariño de los que en la tierra tuvimos el orgullo de ser sus verdaderos amigos.



Pórtico.

I

PUEBLA es entre las muchas y muy bellas ciudades de mi patria, una de las que interesan á mi corazón y cautivan mi espíritu.

Acaso sea porque en ella duermen el eterno sueño muchos séres para mí inolvidables; porque ha sido teatro de grandes sucesos históricos que nos enorgullecen á los mexicanos, desde los años de 1862 á 1867; porque tiene mucha semejanza con la capital de la República, donde yo he nacido, y en fin, porque allí he vivido en muchas ocasiones, y encontré en los alegres días de mi juventud amigos leales, cariñosos, soñadores y poetas, á quienes debo hasta la época presente en que ya peino canas y miro el mundo al través del frío cristal de la experiencia, pruebas inequívocas de constante adhesión y de fraternal afecto.

Puebla ha dado á la Diplomacia hombres

como D. José María Lafragua; al Foro un Joaquín Cardoso; á la Tribuna y al Foro un Manuel María de Zamacona; á la Iglesia un Obispo, Francisco Pablo Vázquez; á la Pintura un Morales; á las Ciencias numerosos apóstoles, y á la Poesía una legión de inspirados, entre los que culminan D. Manuel Pérez Salazar y Venegas, D. Miguel Jerónimo Martínez, D. Manuel María Flores, autor de *Pasionarias*, D. José Fernández de Lara y muchos otros que sería largo enumerar.

Don Manuel Pérez Salazar y Venegas, tío del fraternal amigo, para cuyos versos escribo este prólogo, era dulce y correcto; elevado y elegante en el sentir y en el pensar; sus versos, de entonación vigorosa, recuerdan unas veces á Meléndez y otras á Argensola; sabe volar tan alto como Quintana; plañerse tan triste como García Tassara, y nunca abate el estro ni mancha el númen, ni abandona el solio en que por su claro ingenio le colocaron las Musas.

Don Manuel Pérez Salazar, hizo detenido y hermoso viaje, que fué el venero de nuevas inspiraciones y de íntimos regocijos que se traslucen en sus versos. Era magistral autor de sonetos, y lo comprueban los que intituló: *Las Discordias civiles*, *La Vuelta*, *Las Ruinas de Pompeya* y su tiernísimo *A Petrar-*

ca, tan dulce y tan bello como los del mismo amante de Laura. Distinguióse sobremanera en sus traducciones, y allí están: *La Conciencia*, de Víctor Hugo; *El 5 de Mayo*, de Manzoni; *Mi hermana*, de Leopardi; *Francisca de Rimini*, tragedia compuesta por Silvio Pellico; una oda y *El Juicio Final*, de Nicolás Lorenzo Gilbert; *El Pájaro Solitario*, de Leopardi, y una *Elegía inglesa*, de Tomás Gray.

Don Manuel Pérez Salazar figuró entre los Arcades romanos con el nombre de *Gari-gliano Coroneo*.

Fué amigo de los más renombrados escritores y poetas de su época, de D. José Bernardo Couto, D. José Joaquín Pesado, D. Manuel Carpio, D. Alejandro Arango y Escandón, D. José María Roa Bárcena, D. Miguel G. Martínez, y de los virtuosos Obispos de Veracruz, D. Francisco Suárez Peredo y don José María Mora y Daza.

Nació D. Manuel Pérez Salazar, en Puebla, el 20 de Diciembre de 1816, siendo hijo de D. Manuel Pérez Salazar Méndez Mont y de doña María Guadalupe Venegas, allegada en parentesco á uno de los virreyes de Nueva España, como su esposo lo era á uno de los que fundaron, por iniciativa de los Padres de San Francisco, la ciudad de Puebla.

Cuentan los historiadores, que el Padre

Fray Toribio de Benavente Motolinia, escogió el lugar á propósito para el asiento de dicha ciudad, de cuya fundación y dirección se encargó, ayudado del oidor Salmerón, y dijo la primera Misa el 16 de Abril de 1531, día de Santo Toribio.

En tan hermosa ciudad, que es hoy un emporio del progreso y de la industria, murió D. Manuel Pérez Salazar el 16 de Junio de 1871, y el 29 de Julio del año siguiente, se celebraron en la suntuosa Catedral angelopolitana sus honras fúnebres, que revistieron inusitada solemnidad, pues asistieron á ellas todos los numerosos admiradores de su genio, erudición, piedad y pureza de costumbres.

II

El cisne poblano, el árcade inolvidable, el elegante bardo de quien acabamos de hablar, amaba como á hijo á su sobrino Ignacio Pérez Salazar, autor de estas poesías, y yo sé que no quedaría satisfecho si antes de ocuparme de él no hubiera dicho algo sobre su maestro, director y tío, que con acendrado cariño, sapientísimos consejos y acertada dirección, lo encaminó hasta que pudo con-

cluir brillantemente su carrera de abogado y obtener el título profesional, después de lucidísimo examen.

¿Quién es Ignacio Pérez Salazar? Voy á decíroslo en breves palabras.

El actual Magistrado del Tribunal Superior de Puebla, es hijo de D. Ignacio Pérez Salazar y Venegas y de doña Dolores Osorio, egregia dama que se ha distinguido y se distingue todavía por sus ejemplares virtudes, su caridad extremada y el talento con que ha sabido educar á los siete hijos que la adoran y forman los tesoros de su corazón angélico.

Nuestro poeta nació en Atlixco, la antigua villa de Alonso Díaz de Carrión, que recuerda, á los que conocen sus campiñas, la vega de Granada. Sus panoramas pintorescos, sus flores siempre en primavera, sus bullidoras cascadas y fuentes, el cielo siempre azul, las palmas meciendo sus airosos abanicos, sus árboles copudos y frondosos, ofreciendo grata sombra, su secular y pomposo ahuehuete, arrancan un suspiro á los que, como yo, han sentido inefables delicias en los inolvidables sitios donde Boabdil lloró amargas lágrimas, donde existe el jardín de Lindaraxa y parece aún que en las noches de luna, la sombra de Moraima cruza por los patios de los Leones y de los Arrayanes.

El padre de Ignacio fué ayudante del general D. José María Tornel y Mendívil, Ministro de Guerra y Marina en tiempo del general Santa-Anna, orador elocuente y literato distinguido; y el día que se separó de tan notable funcionario, fué á radicarse en Atlixco, permutando por el empleo de Jefe de la Aduana de este lugar, el de Administrador de la Aduana Marítima de Matamoros, con que habían premiado sus relevantes servicios.

Tan apreciable caballero murió á los cuarenta y cinco años de edad, y su primogénito Ignacio quedó huérfano á la edad de quince años, cuando apenas comenzaba, con gran precocidad para sus estudios, su carrera de abogado.

No fué su edad obstáculo para encargarse de siete hermanos que, como antes dijimos, bajo la dirección de una madre modelo de virtudes y de inteligencia, son hoy miembros honorables y útiles á la sociedad en que viven.

Ignacio amaba con pasión las letras, y esta afición innata le valió todo el cariño de su tío D. Manuel, que le llevó á su lado, le puso en posesión de su riquísima biblioteca, le obligó á estudiar los clásicos griegos y latinos, le familiarizó con las obras de los grandes genios de la humanidad, le dió sabios

consejos y contribuyó de mil modos á formarle ciudadano honrado, abogado ilustre y erudito y poeta dulcísimo, sentimental y noble.

Con mentor tan valioso, mi amigo alcanzó los primeros premios en todos los años de su carrera; fué la joya del seminario y del colegio Carolino; aprendió el latín, al grado de serle tan familiar como su propio idioma; profundizó á Virgilio y á Horacio; desplegó sus talentos en el Derecho Romano; ejercitó la natural elocuencia de Cicerón; vigorizó sus ideas con Tácito; levantó sus inspiraciones con Catulo y Tibulo; y llegó á la cima de sus propósitos, licenciándose en medio del aplauso unánime de sus maestros y condiscípulos.

Con tan buenos auspicios entró de lleno en la vida pública, que reseñaremos brevemente.

III

Ha sido Secretario y Catedrático de Derecho civil en el Colegio del Estado; Regidor y Síndico del Ayuntamiento; Diputado á la legislatura de Puebla en 1873, 1874 y otros años; Juez de primera instancia de Cholula,

Atlixco y Huejotzingo (en Tribunal colegiado), Procurador de primera instancia de Puebla, llevando la representación del Ministerio público; Secretario del Ayuntamiento y Oficial mayor encargado de la Secretaría de Hacienda del Estado el año de 1892.

De ese cargo se separó, dejando amortizada una parte de la deuda contraída por algunos de sus antecesores en dicha Secretaría; no obstante que en el período que la sirvió, fueron cubiertas religiosamente las nóminas de los empleados y derogados fuertes gastos extraordinarios, además de los comunes de la administración.

Solicitado para Director de la institución de beneficencia, denominada «Monte de Piedad Vidal-Ruiz», creado en la capital del referido Estado, implantó en ese establecimiento grandes mejoras, entre otras, la de préstamos á crédito, bajo muy benignas condiciones, en favor de personas de exiguos recursos. Afectada su salud por exceso de trabajo, renunció la mencionada Dirección, haciendo entrega del repetido establecimiento con una tercera parte más de aumento en el capital con que había sido fundado, aumento obtenido en los cuatro años que fué dirigido por nuestro biografiado, quien al serle admitida su renuncia, mereció los más honrosos elo-

gios, ya del fundador, Sr. D. Alejandro Ruiz Olavarrieta, como del actual Presidente de la República, señor general D. Porfirio Díaz, que ejerce el patronato de la supradicha institución.

Poco tiempo, empero, gozó de descanso, pues apenas restablecido del agotamiento que había resentido en sus labores, fué electo, en el año de 1899, Magistrado de número del Tribunal Superior de Justicia de su Estado natal, cuerpo á que ya por varios años había pertenecido en calidad de supernumerario. Al vencerse el período constitucional, fué reelecto para otro nuevo de seis años en fines de 1904, para el mismo importante cargo, el cual desempeña en la actualidad, funcionando como Presidente.

IV

Honrado á carta cabal, educado en una atmósfera de virtud perfecta, amante de los libros que enseñan y cautivan, jefe de una familia en que todos son igualmente estimables por sus méritos, es Ignacio Pérez Salazar, como abogado, como literato, como poeta y como amigo, fiel reflejo de su limpia

conciencia y de su inmaculada conducta, blanco por dentro y por fuera, recto é ideal á derecha é izquierda, un caballero de la Edad Media, feliz con su manera de ser, en medio del atronador y peligroso concierto de nuestra época, tan llena de prosa y de escepticismo.

Su alma infantil ha conservado sus noblezas desde la juventud, época en que nos conocimos, hasta hoy, en que, estando casados ya sus hijos Eduardo y Concha, se recrea contemplando á sus preciosos nietos.

Como abogado no registra un negocio que le avergüence; su conciencia y su corazón están en su carrera forense libres de rubor y de remordimiento.

Conoce á fondo la legislación de nuestro país; posee rica biblioteca; pide al extranjero constantemente lo más notable sobre jurisprudencia y bellas letras, y es un modelo de jurisconsultos probos é ilustrados.

V

Hablemos del poeta.

No busquéis nunca en sus versos el acre sabor de la disipación y del escepticismo; no le pidáis gritos descompasados de desencanto

y de incredulidad; no insistáis en que dispare el dardo envenenado de la duda y del cinismo; no intentéis que os conmueva y espante ó arranque un aplauso, mostrando una úlcera incurable ó lanzando una imprecación blasfema; no, él no sabe, no puede, ¡no sabría hacer eso!

Su numen ha sido, desde el regazo sagrado de la santa mujer que le dió la vida, la fe, que se acrisoló con tantos mártires; sus labios se han perfumado con la plegaria; ha cultivado siempre las flores de la virtud, de la caridad y de la esperanza; ha disfrutado de envidiables venturas en el hogar tranquilo, donde la voz de su virtuosa madre ha sido la voz del cielo, aplacadora de las tormentas del mundo; ha fortalecido sus afectos con sanos ejemplos, con hermosos libros, con nobles amigos, y con la memoria inmaculada de aquel bardo cristiano y tiernísimo que le amó y le dirigió en los más serenos y hermosos días de la alborada de su existencia.

Ignacio Pérez Salazar, como poeta, es muy notable, porque campean en sus versos la fe, la ternura, el sentimiento, el amor puro y noble, la delicadeza y la lealtad.

Sus estrofas revelan un corazón tranquilo, sano, benévolo y bien puesto.

Busca sus númenes en el hogar, en la fa-

milia, en la cuna de sus hijos, en las hermosas impresiones que produce en su ánimo la contemplación de las maravillas de la Naturaleza, del Arte, de la Industria, de la fe y de la gloria, en tantos sitios como ha recorrido, y se duele ó se regocija con los duelos y las victorias de su Patria.

Amante elevado y tierno, ha consagrado á la bella y virtuosa compañera de su vida, los más bellos cantos de su laud sonoro; padre amorosísimo, se inspira en las gracias de sus hijos, que constituyen su mayor riqueza; hijo respetuoso, ve en su celestial madre la encarnación más noble de sus sentimientos, y todavía disfruta la dicha de besar su frente todos los días y de recibir sus bendiciones.

Podría yo citaros muchos versos suyos, que son blancos como azucenas y dulces como mirtos; podría señalaros cuáles son sus defensas y sus alegatos más notables; podría mostraros los importantes artículos con que ha engalanado multitud de periódicos, desde *El Estudiante*, que fundó y redactó en el colegio, hasta los mejores de nuestro tiempo; pero nada es necesario cuando no sólo en su Estado, sino en México y en el extranjero es suficientemente reputado y conocido.

VI

Durante su primera época de Magistrado, obtuvo licencia para realizar, en el año de 1900, un segundo viaje á Europa, asistiendo á la Exposición Universal de París y volviendo á visitar á España, Francia é Italia; recorrió también Suiza, Bélgica, Holanda, Alemania, etc., y en 1904 estuvo de nuevo en las principales ciudades de la Confederación Norteamericana, después de concurrir como Delegado al Congreso de Abogados y Juristas, que se reunió en San Luis Missouri, durante la Exposición Internacional celebrada allí, al terminar el año próximo pasado, por lo cual ya su nombre figura en el libro intitulado: *Official report of the Universal Congress of Lawyers and Jurists held at St. Louis Missouri.—U. S. A.—September 28, 29 and 30, 1904.*

Fruto de esos viajes es el precioso libro que publicó en 1890, donde se leen sus hermosas composiciones al Niágara, á Nápoles, á Roma desde el Janículo, en la tumba de Napoleón, á María Antonieta, en el de Alcázar de Toledo, en Venecia, á Abelardo, en el Pére-Lachaise y en la gruta de Lourdes y que encie-

rra ese grato aroma de las flores del alma, que está saturado de pureza y de verdad, y que se aspira con delicia.

Tiene ese libro, que está reproducido en éste á que pongo prólogo, notas tan amenas, tan instructivas, espontáneas, interesantes, que lo realzan y complementan dignamente.

Con mayor amplitud y mejor clasificación, se verán aquí esas notas escritas con la sencilla espontaneidad del viajero, y con la modestia del poeta que no aspira á más que ser comprendido.

El *Album de Viaje* va coordinando lo que el poeta sintió en el mar, así á bordo del *Bolívar*, como en los puertos de importancia; en España, Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza y Estados Unidos, donde el patriota se revela en el valiente y hermoso final de su soneto, intitulado *En el Capitolio de Washington*.

«Aquí de tu dominio se alza el solio,
 Pero no es tú arrogante Capitolio
 Cual lo fué el de los Césares un día...
 Tu Franklin le robó su rayo al cielo,
 ¡Con ese fuego abrásese tu suelo
 Si te adueñases de la Patria mía!»

VII

Después del *Album de Viaje*, el autor del libro ha reunido con el título de *Juveniles* las composiciones escritas en su primera juventud, inspiradas todas en los más delicados sentimientos, en las más puras devociones del alma; la ternura del hijo, el fuego del amante, las esperanzas del adolescente, el entusiasmo febril por los héroes de la Patria, los arranques sinceros de la amistad, la galantería que obliga á llenar páginas del álbum de una hermosa, los epigramas que sugieren la observación y los desencantos humanos, son los temas de ese delicado conjunto de versos que se leen con gusto y con interés, como se lleva con placer, aspirándolo sin tregua, un ramo de rosas frescas abiertas en una tibia y luminosa mañana de primavera.

Siempre en los primeros versos con que se revela un poeta, hay mucho de espontáneo y de natural, que no se encuentra en las que se escriben más tarde, porque nunca las flores cultivadas en la estufa son como las que adornan el campo, y que han nacido al aire libre y bajo un cielo abierto é inconmensurable.

No en vano dijo un poeta:

«¡Oh, Primavera, juventud del año!
¡Juventud! ¡Primavera de la vida!»

Es cierto que en muchos corazones perdura la juventud, aunque corran los años, y esto pasa con Pérez Salazar; porque no ha tenido vida borrascosa, porque en los zarzales del camino no ha dejado los vellones de la fe que le infundieron sus progenitores; porque no ha descendido al fangal en que se desgarran los velos de la virtud, y porque su hogar ha sido siempre un templo de paz, de amor y de esperanza.

Pocos son los ateos por ciencia, y muchos lo son por crápula. El que admira en las maravillas de la ciencia la mano de Dios, es un varón fuerte, y de esos es nuestro poeta, para fortuna suya y regocijo de los que le conocemos y tratamos íntimamente.

VIII

Estivales y Otoñales, son los nombres de otros libros en que aparecen composiciones de la misma índole de las juveniles, pero que escribió algunos años después de aquéllas.

Allí también culminan el amor del hijo, la

ternura del padre, la lealtad del amigo, el amor del esposo, la firmeza del patriota, la piedad del creyente y el dolor de un corazón herido en temprana edad por uno de esos rayos inexorables del Destino. Me refiero á sus poesías denominadas *Ayes del alma*.

Figuran en esas páginas algunas tradiciones, versos consagrados al padre de la lengua española, estrofas nacidas del corazón en días solemnes para el hogar, y delicadezas del alma frente á la ventura de los hijos.

Son una continuación de las juveniles; pero el autor, obedeciendo á la historia íntima de sus trabajos literarios, las congregó con otros títulos, porque el estío sigue á la primavera y á aquél el otoño, y le pareció darles así lugar oportuno y adecuado.

Ignacio Pérez Salazar obedece á los principios clásicos, y es natural, porque son la base de la más hermosa escuela artística.

No encontraréis en sus versos nada que revele la neurosis de los simbolistas, quienes, según Giner, exageran hasta lo incomprendible la tendencia colorista y sonora de los románticos, llegando á la negación de la idea, y á equivocar el destino de la Literatura con el de la Música, al asignarle como fin la mera sugestión de vagos estados de la sensibilidad humana.

Ajeno al amargo realismo de Zola, al acre olor de las *Flores del mal* de Baudelaire, al pesimismo de Schopenhauer, al decadentismo de Verlaine y de Rembaud, es sencillo, fácil, comprensible y tierno.

En sus poesías religiosas no obedece á Paul Verlaine, que declara que hay que amar á Dios irracionalmente; no, le ama con toda la fuerza de una fe ingénita, de una convicción profunda, y el poeta cristiano se revela y surge sin temores, sin embozo, sin miedo á que disgusten sus ideas á los escépticos y á los incrédulos. Con la colección de poesías religiosas concluye este libro; el autor ha querido cerrar con ellas su obra como con una llave sagrada, y ha hecho bien, porque la fe es el más hermoso sello para los tesoros del alma.

En resumen: Ignacio Pérez Salazar no es un poeta que se regocije de pulsar cuerdas toscas para cantar pasiones bajas y torpes, no; es el cantor de la ternura, de la virtud, de la bondad, de la fe y del sentimiento.

Como amigo, puede decir como lord Byron: «la amistad es el amor sin sexo»; por eso el que le trata le quiere toda la vida.

Es por naturaleza, modesto; no gusta de hacerse notar, pero el día que se lo proponga, brillará más de lo que brilla en nuestro Foro y en nuestro Parnaso.

Posee todas las cualidades para abordar las grandes cimas, á las que otros han llegado sin alas, impelidos por el soplo de la buena suerte, ó arrastrándose, como el caracol de la fábula.

Nuestro poeta es feliz con la paz de que disfruta su conciencia, con las bendiciones de su augusta madre, con el amor de su esposa, con la devoción de sus hijos y las caricias de sus nietezuelos.

Más de treinta años hace que nos conocimos, y en ellos se ha nutrido y desarrollado un afecto tan íntimo, que nos ha convertido en hermanos. No usamos de otro título en nuestro trato y en nuestras epístolas.

Peró el cariño no ciega, y si él no valiera lo que vale, nunca se lo diría, porque no gasto lisonjas con nadie, ni menos con los elegidos y predilectos de mi cariño.

Saludo en estas líneas al poeta que no ha manchado su numen, al patriota que ha representado dignamente á México en honrosas comisiones en el extranjero, mereciendo ser citado con encomio en libros y periódicos de renombre, y al modesto y discreto ciudadano que ha nutrido su espíritu en el gran libro de los viajes, y ha practicado y practica la virtud en todos los actos de su vida.



Recuerdos de mis hijos.

PENSANDO EN MARGOT.

Al dar mi último adiós á Margarita
ya próximo á partir el tren expreso,
la bendije llorando, la di un beso,
y murmuré en voz baja: ¡pobrecita!
—¡Pobrecita! ¿Por qué?—con infinita
dulzura interrogó—; no digas eso,
yo dejo el mundo engañoso y avieso
por el reinado de la Cruz bendita.

¡Nunca te inspire lástima y tristeza
quien te lleva constante en su memoria,
y es la cruz el blasón de su nobleza,
la oración su promesa de victoria,
la dulce paz del claustro su riqueza
y la esperanza en Dios su mayor gloria!

Á MI HIJO JUAN

Ayer, juego inocente; hoy, ruda brega;
ayer, sable y fusil de hoja de lata;
hoy, la espada que todo lo doblega
y el broncíneo cañón que todo mata

Ayer, sobre los campos de la siega,
con kepis de cartón la vida grata;
hoy, la ordenanza que el rigor despliega
con el siervo que indócil no la acata.

Fué verdad mi primer presentimiento;
el niño es hoy el hombre que he soñado
y sirve á su nación con ardimiento;

Yo no te quiero un héroe denonado:
si te toca morir, que el regimiento
proclame la verdad: ¡Fué un leal soldado!

MENSAJE Á MARGARITA

Al hogar venturoso de María
un nuevo ángel de paz ha descendido,
y honrando tu memoria, han convenido
en que lleve tu nombre, Margot mía.

Ya vuelve á resonar desde este día,
cual música celeste en nuestro oído,
esa palabra de recuerdos nido,
nota al par de tristeza y de alegría.

Yo al ver aparecerse en este suelo,
valle en verdad de llanto y de amargura,
á mi nueva Margot, tan sólo anhelo
que Dios le dé, colmando mi ventura,
las joyas que te ha dado ¡oh flor del cielo!
¡tu virtud; tu talento; tu alma pura!

NOVIA, ESPOSA, MADRE

I

Vestida de blanco
te conduje al templo,
y te di al esposo
que eligió tu pecho

Margarita á un lado
y yo al otro extremo,
éramos padrinos
de aquel Sacramento.

Concluyó la misa,
y después del rezo
de la alegre orquesta
callaron los ecos.

Asida del brazo
de tu compañero,
ya unidas sus almas
en un solo anhelo,

Rebosando dicha,
salud y contento,
vestida de blanco
saliste del templo.

II

Después, parabienes,
abrazos y besos
de tantas amigas
que llenan tu afecto.

Y comimos juntos
sin sombras de duelo,
entre hermosas flores
brindando y riendo.

En la tarde el viaje
y tu ausencia luego,
y por más de un año
viviste muy lejos.

En tan largos meses
yo sufrí en silencio,
porque para un padre
la ausencia es infierno.

¡Y noche por noche
te miré en mis sueños,
vestida de blanco
cual te vi en el templo.

III

¡Qué largas mis horas!
¡Los meses qué lentos!
¡Para ti, de dicha!
¡Para mi, de duelo!

Tú siempre de blanco
sobre mis recuerdos,
y yo, con el alma
vestida de negro.

Al fin regresaste;
te miré de nuevo,
y á poco en mis brazos
arrullé á mi nieto.

Endulzó mis horas
con mimos y besos,
y encontré en su rostro
y en su ser entero,

A la misma niña
que en hispano suelo
fué mi primer culto
y mi amor primero.

IV

Al padre amoroso
reemplazó el abuelo;
el que fuera joven
se tornaba en viejo.

La primer palabra
de mi niño nuevo,
cual célica nota
resonó en mi pecho.

Se puso por nombre
Tutú, el picaruelo,
¡Y *Tutú* le digo
llamándose Pedro!

¡Con él soy dichoso!
¡Ya vivo contento!
¡Ya me trajo alivios
y paz y consuelo!

Ya no estás de blanco
cual te vi en el templo,
ni yo tengo el alma
vestida de negro!

MI HIJA Y MI NIETO

¡Ay! quien fuera tan alto
como la luna,
para ver los soldados
de Cataluña.

Así dice el cantar y lo entonaba
con delantal y cofia una niñera,
arrullando en sus brazos si lloraba
la fresca flor de mi pasión primera.

¡Cómo corren los años! ¡Qué ironía!
Hoy, lograda esa flor, que dejó un día
mi hogar, pendida de su esposo al brazo,
canta el mismo cantar con alegría
al hijo que se duerme en su regazo.

Ya es todo un personaje el nietecito,
de quien la madre se envanece ufana,
ya estremece la alcoba en cada grito,
ya charla más que un loro de la Habana,
¡y ya prodiga con amor bendito
besos de paz en mi cabeza canal!

FIN